

texto como conclusión de una mesa redonda entre diversas ONGs que acaban con una serie de propuestas reivindicativas comunes.

Supongo que debió ser difícil encasillar todos y cada uno de los capítulos en esas cuatro partes. Como suele ser habitual se observan desigualdades en las aportaciones: algunas son teoría sin casi datos y otras son datos sin casi teoría. Supongo que es consecuencia de la poliédrica variedad de una oferta que sorprende, pues conviene decir que en la región de Murcia se fraguó desde hace años una corriente investigadora densa y continua sobre la cuestión inmigrante. Podría hablarse ya de una *Escuela Murciana de Estudios Migratorios*, jalonada por sucesivas investigaciones, jornadas, tesis doctorales y publicaciones sinfín. La seña de identidad de tal colectivo es su espíritu crítico y cualitativo, con un aparato teórico que mezcla la teoría francesa del regulacionismo, con Aglietta y Coriat, junto con la teoría de la segmentación de Piore y los conceptos de “informalización social” de

Mingione, o la “producción social del espacio” de Harvey, entre otros. Para ello, parten del debilitamiento del Estado de Bienestar Social y de otras consecuencias del neoliberalismo rampante de las tres últimas décadas, pero sin caer en el fácil libelo. Tal andamiaje teórico lo aplican con efusión a la realidad del levante español, auténtico campo de análisis para esta fuente inagotable de investigadores. Tal vez está ausente una complementaria visión centrada en el sujeto. Y ello a pesar de aportarse mucha documentación sobre los discursos personales y abiertos. El tono general se centra casi unívocamente en la estructura, relegando el análisis micro, mentado por la acción del sujeto como decía Max Weber. En realidad, la aproximación dominante en la literatura sobre la inmigración se orienta a interpretar el sustrato colectivo, el objeto macro envolvente. Lo que el libro destaca respecto a esa común propuesta es tanto la homogeneidad de su perspectiva teórica como la heterogeneidad que jalona sus resultados prácticos.

(Álvaro Rodríguez Díaz)

OCTAVIO UÑA JUAREZ Y ALFREDO HERNANDEZ SANCHEZ (COORDINADORES). *Diccionario de Sociología*. ESIC. Universidad Rey Juan Carlos. Madrid 2004 (1652 págs).

Creo que se debe a Amando de Miguel la idea de medir niveles de desarrollo urbano por el número de grifos en una vivienda. Podríamos establecer la analogía respecto al desarrollo de la sociología por el número de diccionarios que de la materia han sido publicados. Actualmente estamos relativamente bien dotados, si estimamos que a los estrictamente de sociología se añaden los de

otras ciencias sociales próximas y las enciclopedias en lenguas propias y extrañas. Yo formé parte de la cohorte de sociólogos que adquirimos el estatus profesional, como los pianistas que aprenden y tocan de oído, tuvimos que partir de otras plataformas académicas ajenas y ver nutrida nuestra vocación con diversos intereses que nos acercaban y exigían el análisis de la realidad social. Nosotros hubiéramos envidiado en aquel tiempo tales facilidades. No accedíamos más que a un llamado diccionario de sociología del FCE, prestigiosa editorial cuyo prestigio no se debió precisamente a ese diccionario, con relativa utilidad para la psicología, pero confuso y enga-

ñoso en cuanto a sociología; una obra auténticamente fecal que comprábamos por mitomanía y por el consejo de instructores mediocres.

Hoy podemos dar la bienvenida a un nuevo diccionario de sociología: el dirigido por Octavio Uña y Alfredo Hernández, a quienes se une una docena de colaboradores. De hecho es obra en la que ha participado una legión de autores de las diversas –se dice que más de 200– voces, que quedan numéricamente polarizados en una reducida muestra de sociólogos próximos a los autores. Este dato numérico impresiona pues hay que pensar que “no están todos los que son” –admitamos que sí “son todos los que están”– y que por tanto es otro indicador del desarrollo de la sociología. No obstante, y confieso que lo que voy a decir no es una crítica, ni al diccionario, ni a sus directores, puede resultar más favorable su confección con menos autores en función de lograr una mayor coherencia científica e ideológica. La dispersión de pareceres, estilos y puntos de vista es aceptable desde la perspectiva objetiva, pero no es fácil de sostenerse desde el ángulo de los sujetos redactores. La situación óptima consistiría en pocos autores productores de muchas voces; lo cual puede ser deseable, pero de difícil consecución. En su defecto cabe la adoptada en este diccionario en el que muchos autores se convierten en padres intelectuales de un gran repertorio de voces.

Al *Diccionario de Sociología* se le pueden señalar dos virtudes y un defecto. Los elementos positivos que en el se aprecia estriban en cuestiones materiales íntimamente ligadas de lo que puede exigirse a un diccionario, se trate de lo que sea.

En primer lugar, hay que destacar algo que he mencionado anteriormente, es un diccionario que partiendo de una fidelidad y asignando una centralidad a la sociología intenta, y considero que lo logra, abarcar la multiplicidad de necesidades requeridas para un instrumento científico de esta naturaleza. Hay que destacar la gran cantidad de voces recogidas. Sus directores aseguran que hay 1700 términos procedentes del vasto campo de las ciencias sociales o mejor, como ellos señalan, de los estudios sociales. En esta situación, siempre que no se pierda el rumbo, se cubran las necesidades del núcleo central, o cuando los árboles no dejen ver el bosque; cuanto más mejor. Como curiosidad reveladora de esta vocación de amplitud destacaría que aparecen voces como franquismo, frente popular, jansenismo, Ché Guevara, Lenin... Son muchos los autores que aparecen en sus páginas y aquí también es de agradecer la falta de sectarismo, aunque si existe una cierta atracción por el ámbito de lo que podríamos denominar “cristiano”. Igualmente hay que destacar que no se limitan a las grandes vacas sagradas de la sociología o de las ciencias sociales, sino que se recoge buena parte de los protagonistas de la sociología española hasta la época contemporánea, que yo sitúo en la llegada en carne mortal a la universidad española de Salustiano del Campo o a la inspiración cuasidivina de J.J. Linz para el inicio de nuevas investigaciones sociológicas.

Una de las frustraciones que puede originar un diccionario es que busquemos algo y no lo encontremos, lo que dado la amplitud cuantitativa del diccionario parece que en este caso se soslaya. Y otra que necesitemos de otro diccionario para enterarnos de lo que dice el primero, o que acabemos más confusos que inicialmente. “Erudititis”,

“impresionitis”, “epatitis” –nada relacionado con la conocida enfermedad del hígado– y otras dolencias intelectuales por el estilo son el origen de graves epidemias originadas del síndrome antidiccionario. Mi opinión, por lo que he podido observar es que en este trabajo no se aprecian estos síntomas tan abundantes en la clase académica.

En cuanto a la nota negativa ésta viene representada por una gran cantidad de erratas, es un defecto formal y secundario, pero defecto al fin y al cabo, aunque no limite la utilidad del Diccionario. Posiblemente se debe a las prisas de última hora. Me consta que se preparó durante diez años y obstáculos que ignoro, pero que son fácilmente imaginables, concurren para frenarlo y una vez superados el hábito hispánico originó que no se hiciera una etapa de

adaptación. Es de esperar que la próxima edición se solucione.

Contamos con muchos colegas que se mesan los cabellos y las barbas, algunos y/o la corbata, con lo que consideran actual crisis de la sociología. Personalmente no estoy de acuerdo. Pienso que más bien se trata de un proceso de ajuste y de readaptación que indica en cualquier caso una cierta dosis de vitalidad. Pero éste no es el momento para discutir ese tema. Quizás la aparición en la actualidad de este diccionario de sociología avala mi postura. Pero en cualquier caso si debe de ser motivo de satisfacción que dispongamos de un nuevo y aceptable instrumento de auxilio en y para las ocupaciones y preocupaciones de quienes se interesan por los estudios sociales.

(Juan Maestre Alfonso)

RUFINO ACOSTA NARANJO: *Pan de marisma*. Publicaciones del Comité Español del Programa MaB y de la Red IberoMaB de la UNESCO. Sevilla 2004 (133 págs.)

Rufino Acosta desarrolla sus labores docentes en la Universidad de Sevilla dentro del Departamento de Antropología Social, pertenece a su vez al grupo de investigación Cultura, Ecología y Desarrollo de Pequeños Territorios, además de todo ello es responsable del proyecto *Desemillas: recuperación y puesta en valor de las variedades agrícolas tradicionales en Tentudía*. A lo largo de su dilatada carrera ha elaborado diversos trabajos relacionados con el desarrollo sostenible en diversas zonas extremeñas, *verbi gratia* en la comarca de Tentudía. Su tesis doctoral se tituló *Los entramados de la diversidad: antropolo-*

gía de la dehesa y tenía como temática central la representación simbólica y el aprovechamiento económico de la dehesa construidas por las poblaciones extremeñas circundantes. Sin embargo, sus primeras incursiones sobre la cuestión se efectuaron en el proyecto de investigación que aquí se explicita, y que le sirvieron para obtener el posterior título de Doctor en Antropología. En la introducción de la obra que nos ocupa, el autor se encarga de poner sobre la mesa tal circunstancia y de paso, aboga por la recuperación de los trabajos de juventud –claro está, con las pertinentes revisiones– por albergarse en ellos la frescura que se pierde con la práctica rutinaria de estos menesteres. *Pan de marisma* se define como un estudio del territorio de Doñana, que surgió –como lo conocemos en la actualidad– fruto de una intervención humana sobre un entorno natural, que ya se utilizaba/aprovecha-